

## EN TORNO A LA NUEVA HISTORIA POLITICA FRANCESA

---

M.<sup>a</sup> Cruz Mina  
UPV/EHU

### René Remond y la renovación de la historia política

En medio de la desorientación provocada por la actual crisis de identidad de la historia, no deja de ser sorprendente la seguridad con que la nueva historia política francesa ha hecho su reciente presentación precisamente en tierra de escépticos. Si *Annales* en su día contó con obras de afirmación como *Faire de l'histoire* o *La Nouvelle Histoire*, los nuevos historiadores políticos han hecho su presentación colectiva en *Pour une histoire politique*, dirigida por René Rémond<sup>1</sup>. Es en torno a este profesor, a su enseñanza y a su obra, cómo se ha ido formando una red de investigadores y docentes que realizan su trabajo en el eje que pasa por la Universidad de *Paris X-Nanterre*, el *Institut d'études politiques*, la *Fondation nationale des sciences politiques* y el reciente *Institut d'histoire du temps présent*; eje al que se reconoce que Rémond «le ha dado la vida»<sup>2</sup>. No pretenden constituer una escuela, ni mucho menos una capilla, prefieren hablar de «familia intelectual»; y

---

<sup>1</sup> LE GOFF, Jacques, NORA, Pierre (dores): *Faire de l'histoire*, 3 t., Paris, Gallimard, 1974. Traducción española: *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1984; LE GOFF, Jacques et CHAR-TIER, Roger, REVEL, Jacques (dores.), *La nouvelle histoire*, Paris, C.P.E.L., 1978.

REMOND, René (dctor). *Pour une histoire politique*, Paris, Seuil, 1988.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p.9. De los doce autores que colaboran en *Pour une histoire politique*, ocho son profesores del *Institut de sciences politiques* ( Rémond, Azéma, Berstein, Coutrot, Jeanneney, Milza, Prost y Winock), cuatro lo son o lo han sido de la Universidad de *Paris X-Nanterre* (Rémond, Becker, Levillain y Sirinelli; éste último actualmente profesor de la Universidad de Lille-III); y Pierre Rioux es director de investigación del *Institut d'histoire du temps présent*.

aunque lejos de uniformidades y unanimidades sí comparten determinadas opciones y rechazos y una cierta filosofía de la historia.

La obra citada no sólo es un manifiesto a favor de la historia política, relegada durante tiempo por la historia económica y social y ahora renovada y adaptada a las exigencias de nuestro tiempo, sino todo un balance de labor ya realizada y una llamada a nuevas vocaciones apuntando sugerencias para futuros estudios.

Cuentan con una revista propia *Vingtième Siècle, Revue d'histoire* creada en 1984, editada por *Presses de la FNSP* y cuyo redactor jefe es Jean Pierre Rioux. Su número uno anunciaba que, aunque su voluntad era abordar sin distinción todas las facetas de la investigación histórica, su preferencia iba orientada hacia «esas (facetas) mayores, de lo político y de lo ideológico, que han adquirido en tiempos de la irrupción de las masas y de los sistemas cerrados, su densidad propia y su autonomía». Como su nombre indica, es en la historia más inmediata en la que centra su atención. Y es que la renovación de la historia política, no sólo es obra de contemporaneistas, sino que alberga la pretensión de afirmar como especialidad la *Historia del tiempo presente*.

René Rémond actualmente presidente honorario de la Universidad de *Paris X-Nanterre* y presidente de la *Fondation nationale de sciences politiques* ha sido durante mucho tiempo profesor del *Institut de sciences politiques*. Junto a Jean Favier, sucedió a Pierre Renouvin en la dirección de *La Revue Historique* que en su día fundara Gabriel Monod y es toda una personalidad en los *media* como comentarista político, sobre todo en periodos electorales. Dentro de su extensa producción su obra ya clásica *Les droites en France* ha pasado a ser para los nuevos historiadores políticos lo que en su día fue *La Méditerranée* de Braudel para los *annalistas*<sup>3</sup>. Es él quién introduce y epiloga *Pour une histoire politique*; y los restantes autores que participan en la misma ofrecen su colaboración como un homenaje a su persona. Sin pretender convertirse en jefe de fila, sí es considerado una autoridad y un referente obligado. Por eso, a través de él preferentemente, vamos a acercarnos a esta nueva manera de hacer historia política, a sus supuestos metodológicos y, por qué no, también ideológicos, si es que unos y otros son escindibles.

Refiriéndose a las teorías sociales, Alvin Gouldner discernía en ellas junto a los supuestos explícitamente formulados o «postulados» unos «supuestos básicos subyacentes» (*background assumptions*), ni formulados ni rotulados expresamente, pero que eran como «el cemen-

<sup>3</sup> REMOND, René, *Les droites en France*, Paris, Aubier/Montaigne, 1982. Se trata de un edición revisada y actualizada de la obra *La Droite en France*, Paris, Aubier, 1954.

to invisible» sobre la que se apoyaban las teorías y que podrían definirse como «hipótesis acerca del mundo»<sup>4</sup>. Aplicándolo a nuestra disciplina, podríamos afirmar que detrás de toda manera de hacer historia hay de forma más o menos consciente, más o menos reconocida, una filosofía de la historia o filosofía sin más. En el caso de René Rémond la tarea de llegar a ella se facilita porque como él mismo confiesa, «no hay, no puede haber sobre la historia una mirada absolutamente inocente... toda lectura del pasado lleva la marca de su tiempo y expresa a una persona»; y añade, «lo honesto es dejar claros los presupuestos»<sup>5</sup>. Como veremos, a él no se le puede achacar el intento de ocultarlos. Uno de los objetivos preferentes de estas líneas será el desvelarlos. Ahora bien si es cierto que no hay método inocente, tampoco hay historiografía inútil, independientemente de que se compartan o no métodos y supuestos. Por ello vaya por delante, que el análisis crítico de la filosofía subyacente de la nueva historia política que se pretende en este estudio, no quisiera empañar el mérito incuestionable de Rémond, no sólo por su contribución a la recuperación de la política para el universo del historiador, sino como animador de una ingente producción historiográfica. Un simple repaso de las notas a pie de página de la obra da cuenta de la cantidad y diversidad de investigaciones de historia política publicadas en Francia hasta 1988 y que desde entonces no han hecho más que multiplicarse. En este sentido la nueva historia política ya es todo un éxito.

La renovación de la historia política la atribuye Rémond, en parte, a causas externas, a una nueva forma de percibir la política por parte de la sociedad: la experiencia del siglo xx, sobre todo las guerras... la incidencia cada vez mayor de las relaciones internacionales en la vida interna de los Estados... y la expansión de la acción de éstos a través de las distintas políticas públicas han puesto de manifiesto «la incidencia que la política tiene sobre el destino de los pueblos y las existencias individuales»<sup>6</sup>. Pero hay también motivos internos para explicarla. La renovación de la historia política es resultado de una «profundización en la reflexión sobre el objeto del conocimiento histórico». Estamos, según Rémond ante «una etapa nueva en la reflexión que la historia tiene sobre sí misma», ante una «inversión de tendencia epistemológica»<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> GOULDNER, Alvin. *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires. Amorrortu, 1979, pp. 34 y ss.

<sup>5</sup> REMOND, René. *Introduction à l'histoire de notre temps*, 3 T., Paris, Seuil, 1974, I, p. 16.

<sup>6</sup> REMOND, René. *Pour une histoire politique*, op. cit. p. 20.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p.19.

¿Inversión respecto a qué? Respecto a ese enemigo que parece necesitar toda nueva escuela como blanco de sus críticas y que para Rémond es la *Nouvelle histoire*. Una *Nouvelle histoire* que, sin hacer referencia a obras y autores, funciona más bien como estereotipo y vendría definida, además de por su rechazo de la política, por ser «economicista», determinista e indiferente a la acción consciente de los hombres. No se sabe muy bien si se trata de *Annales* o de un marxismo vulgar o si se confunden ambos o se trata simplemente de un enemigo imaginario más que real. Si en su día los fundadores de *Annales* para afirmarse caricaturizaron la «historia historizante», ahora parece que hay quien les paga con la misma moneda.

No es casual que a la hora de buscar precursores el lugar de honor lo ocupe de forma provocadora, quizás también reparadora, Charles Seignobos, «la bestia negra» de los *annalistas*. Seignobos estaría en el origen de la sociología electoral, del «descubrimiento de la diversidad y permanencia de los temperamentos políticos regionales» de la historia comparada, incluso de la historia del tiempo presente<sup>8</sup>. Junto a él figuran estudiosos de historia electoral, historia de partidos e historia de las ideas como André Siegfried., François Goguel, Alain Lancelot, Albert Thibaudet, Jean-Jacques Chevallier, Jean Touchard, Marcel Prélot... Y es que la nueva historia política, como veremos, va a encontrar sus objetos privilegiados de trabajo en la historia electoral y partidista y en el mundo de los fenómenos ideológicos y mentales. Si el primero le sirve para incorporar la historia política a la historia cuantitativa y serial de larga duración para «hacerla científica», el segundo cumple un presupuesto filosófico a la vez que de «identidad»: dar una alternativa a la explicación socioeconómica (sobre todo económica) de los comportamientos políticos. El nexo entre los dos se produce a través del idealismo que profesan los nuevos historiadores políticos. La explicación a los comportamientos hay que buscarla antes en el mundo de las ideas y mentalidades que en el de las condiciones sociales e intereses.

Todo ello se aprecia en una primera hojeada a los capítulos que componen el libro; los tres primeros se dedican a «Las elecciones» (Rémond), «Los partidos» (Berstein) y «La asociación política» (Rioux). Después de uno dedicado a «La biografía» (Levillain), los seis siguientes se ocupan del «mundo de conciencia», su formación o su interpretación: «La opinión» (Becker), «Los media» (Jeanneney), «Los intelec-

<sup>8</sup> Además de REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit. p. 23, véase: RIOUX, Jean Pierre, «Histoire contemporaine: le retour du politique», en *L'histoire en France*, Ouvrage collectif, Paris, La Découverte, 1990, p.102.

tuales» (Sirinelli), «Las ideas políticas» (Winock), «Las palabras» (Prost), y «Política y religión» (Coutrot). Los dos últimos temas tratados se refieren a «Política exterior y Política interior» (Milza) y «La guerra» (Azéma). Junto al comportamiento del Estado, la atención se dirige a ese comportamiento político clave que es el electoral, y a sus mediadores (partidos y asociaciones), pero sobre todo al mundo de la conciencia, también de la inconsciencia, que lo explica. Sin olvidar esa mediación entre la conciencia y el mundo que son las palabras.

A pesar de que la nueva historia política dice afirmarse contra la *Nouvelle histoire*, la renovación consiste fundamentalmente en superar las críticas que en su día hicieron los fundadores de *Annales* a la historia política y hacer suyos los postulados que sirvieron para renovar la historia económica y social: por un lado, interdisciplinariedad y apertura a las ciencias sociales para lograr como ellas un estatuto científico a través de la cuantificación, serialización, comparación...; por otro, pasar de la investigación de individuos y minorías privilegiadas a la investigación de masas; y, por último, abandonar el tiempo breve por la larga duración, superando la idea de que lo político sólo refleja la superficie de la historia y que es capaz no sólo de acceder a «profundidades» (estructuras), sino de captar la globalidad de la realidad social por estar ligada por mil lazos a los demás aspectos de la vida colectiva. Así considera Rémond que «abrazando los grandes números, trabajando en el tiempo largo, investigando los fenómenos más globales, buscando en las profundidades de la memoria colectiva o del inconsciente las raíces de las convicciones y los orígenes de los comportamientos, la historia política ha descrito una revolución completa»<sup>9</sup>. Obsérvese que «lo profundo» (que en la semántica de los nuevos historiadores parece sustituir a «lo estructural»), caracterizado por la permanencia, se sitúa en el mundo de la mente, y dentro de éste en la parte menos reflexiva y más inconsciente.

### Una concepción ampliada de lo político

Para esta empresa ambiciosa que no se contenta con encontrar un lugar a la política para explicar la sociedad sino que pretende hacer de ella el centro de la explicación, era necesaria una concepción ampliada de «lo político», término que los nuevos historiadores gustan emplear

---

<sup>9</sup> REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit., p. 32.

con preferencia al de «política». Si en su obra *La vie politique en France* (1965) Rémond justificaba la utilización de la noción «vida política» por su imprecisión («tiene la ventaja de ofrecer un marco flexible y abierto a la investigación»<sup>10</sup>), en la obra que nos ocupa pasa a afirmar que «lo político no tiene fronteras naturales» ... varían espacial y temporalmente y por eso «es inútil tratar delimitarlas de una vez por todas»<sup>11</sup>. ¿A quién no le recuerda aquello de la indeterminación de lo social ... «para no rodearse de murallas» de Lucien Febvre?<sup>12</sup>

Lo político no se agota en la actividad del Estado, esa institución a la que se le reconoce «el poder de decidir por todos», pues «comunica con todos los sectores de la vida humana». Si Rémond comienza con una actitud defensiva de lo político contra todo lo que no lo es («lo político no es reflejo ni máscara de otras realidades más determinantes... no es el final de una serie causal de otra naturaleza...») pasa a otra afirmativa («estudiar la historia de lo político es estar convencido de que lo político existe por sí mismo, tiene consistencia propia y autonomía suficiente para ser una realidad distinta»); para acabar «a la ofensiva»: «lo político es el lugar de gestión de la sociedad global»; e insiste en «el carácter creador de la decisión política que dirige, en parte, todas las demás actividades» Si no reivindica la hegemonía ni pretende que todo sea política, sí deja constancia de que lo político «es el punto de encuentro de la mayor parte de las actividades sociales». Lo que le servirá para pretender que la historia política se convierta en «ciencia-encuentro» de todas las demás. Igual que *Annales* pretendió hacerlo con la historia social. Si los *annalistes* contaron con la VI Sección de *l'Ecole d'hautes études en sciences sociales* para facilitar la interdisciplinariedad en torno a la historia social, los nuevos historiadores cuentan con la *Fondation nationale des sciences politiques* para hacerlo en torno a la historia política.

Pero la enfatización en lo político sirve además a una determinada ideología conservadora, cara a Rémond: «la vida política es sorprendente conservatorio de formas aparecidas en épocas distintas: es como un museo donde coexisten muestras de todas las ideas políticas que suscitan por turno adhesión, fervor, compromiso de generaciones hoy desaparecidas que permanecen a lo largo de generaciones a pesar de los cambios sociales»<sup>13</sup>. Estudiar lo político es estudiar lo que de conservador hay en la vida...

<sup>10</sup> REMOND, René, *La vie politique en France*, t. I 1749-1848, Paris, Armand Colin, 1965, p. 7

<sup>11</sup> REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit. p. 380

<sup>12</sup> FEBVRE, Lucien, *Combats pour l'histoire*, Paris, Armand Colin, 1992, pp.19 y 20.

<sup>13</sup> REMOND, René. *Les droites.. op. cit.* p. 37

Rémond sospecha que hay una razón escondida por la que los historiadores han considerado molesta la historia política y la han tenido bajo sospecha. Es la misma razón por la que él la defiende, por cierto sin esconderla: la historia política «derrota los esfuerzos de una causalidad algo mecánica...La política no sigue un desarrollo lineal: se hace de rupturas que aparecen como otros tantos accidentes a la inteligencia organizadora de lo real... El acontecimiento introduce contra toda opinión lo imprevisible: es la irrupción de lo inesperado, por consiguiente de lo inexplicable, resistente a cualquier esfuerzo por integrarlo en una sucesión lógica. Hay en política más efectos que causas, o por hablar más exactamente, no se encuentra en los antecedentes todo lo que saldrá de ellos: es la parte de la contingencia». Es cierto que la contingencia no sólo se da en el orden político, existe en todos, también en el cultural «la aparición de un genio o de una nueva filosofía escapan a una explicación “por los precedentes”» pero en política «es lo ordinario de la historia»<sup>14</sup>. Esta larga cita encierra todo un manifiesto de filosofía de la historia. Después de haber instalado la política en el terreno de la larga duración y de las regularidades, quiere conservarla también en el terreno en que tradicionalmente se había movido, en el de la superficie y de la contingencia, incluso dándole preferencia. La contradicción merece una reflexión más detenida.

### Una nueva forma de pensar el acontecimiento

La fuerza del acontecimiento político se impone para Rémond a cualquier explicación reduccionista. Utilizando un marxismo estereotipado o mejor una caricatura del mismo se pregunta: «¿el cambio de régimen en 1958, no habría tenido otra causa que la necesidad de adaptar nuestras instituciones a las necesidades del gran capital, obstaculizadas por el régimen de la IV República? Y contesta: «sería hacer de menos a la personalidad y a las ideas del general de Gaulle, así como silenciar el papel de las circunstancias, sin hablar de la libertad de elección de 25 millones de electores»<sup>15</sup>.

Si como hemos adelantado, una de las novedades de la historia política renovada es la importancia atribuida a la parte no reflexiva de la mente como factor explicativo de los comportamientos políticos, otra

---

<sup>14</sup> REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit. pp. 385-386

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 383.

seña de identidad sobre la que se afirma es la nueva manera de definir y analizar el acontecimiento: «la nueva historia política descansa en efecto sobre una definición repensada del acontecimiento» han escrito Peschanski, Pollak y Rouso<sup>16</sup>.

Hemos visto que hay un cierto deleite en Rémond al resaltar el protagonismo del acontecimiento imprevisible en la historia por su capacidad de «modificar el curso de las cosas». Sin embargo, para darle consistencia, pretende enlazarlo con la larga duración y las profundidades de la historia y hacerlo «fundador de mentalidades»: el acontecimiento (ej. una guerra) «da unidad a una generación... y su recuerdo se mantendrá hasta su último soplo como una referencia cargada de afectividad, positiva o negativa, hasta que con su desaparición se instale en el inconsciente de la memoria colectiva donde continuará, no obstante, ejerciendo una influencia insospechada». Con lo que nos encontramos que, por un lado, hace de las mentalidades «lo profundo» de la realidad, fenómenos de larga duración resistentes a cambios circunstanciales, y, por otra, pretende que algo tan contingente como el acontecimiento sea «fundador de mentalidades». Si el acontecimiento es lo ordinario en historia política y es fundador de mentalidades y éstas son de larga duración... las consecuencias o inconsecuencias que de ello se derivan las dejo a la lógica del lector. No se puede mantener a la vez que las mentalidades son resistentes a los cambios y que tienen su origen en algo tan azaroso como el acontecimiento.

Pero además el acontecimiento no sólo introduce lo inesperado e inexplicable en el momento histórico que se produce sino que tiene «efectos retroactivos» y pone en cuestión las explicaciones del pasado dadas; con lo que cumple la función de hacer el conocimiento histórico más indeterminado y provisional todavía: «cada acontecimiento nuevo amenaza con poner en cuestión las explicaciones dadas»; de forma que: «los acontecimientos más recientes de nuestra historia política no dejan de tener incidencia sobre nuestra lectura de la historia más antigua»<sup>17</sup>. Es la consecuencia de una manera de hacer historia deudora de la fenomenología en que la «percepción subjetiva» de los hechos prima sobre la preocupación de su contraste con la realidad en un intento de

<sup>16</sup> PESCHANKI, Denis, POLLAK, Michael y ROUSSO, Henry, *Histoire politique et sciences sociales*, Bruxelles, Complexe, 1991, pp.27 y 28.

<sup>17</sup> REMOND, René, *Les droites... op.cit.*, pp. 9 y 12. Véase también REMOND, René, «La crisis política en Europa entre las dos guerras mundiales» en CABRERA, Mercedes, JULIA, Santos, MARTÍN ACEÑA, Pablo (Comps.), *Europa en crisis 1919-1939*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1991, pp. 29 y 30.



aproximarse a lo objetivo. Lo que importa es la impresión que producen en la conciencia y la huella que dejan en ella.

Rémond está más cerca de la filosofía del acontecimiento de Raymond Aron, que de las vías de su recuperación iniciada por algunos *annalistas*. Veamos. La *nouvelle histoire* reprochó al acontecimiento no superar lo particular, estar vinculado al relato, a la política y a una concepción lineal de la historia. La larga duración implicaba su negación o su irrelevancia y la historia serial no admitía objetos singulares como el acontecimiento sino que los quería recurrentes, homogéneos y comparables. Aron, que siempre fue beligerante contra *Annales*, denunció que su exclusión conducía al determinismo y a la negación del libre albedrío al eliminar las causas accidentales y la acción humana libre. El acontecimiento era para él «un acto voluntario y creador que introduce algo nuevo en la vida de una sociedad». Supone la intervención del hombre y de lo imprevisible en la historia; la garantía de la libertad frente a la necesidad. No hay causas que expliquen el acontecimiento y lo hagan previsible; sólo tiene consecuencias. La imprevisibilidad de la que necesita dotar al acontecimiento expresado en la acción humana le lleva a criticar «la acción calculada» de Weber y hacer suya la acción vitalista diltheyana explicable psicológicamente<sup>18</sup>. Es la misma filosofía que inspira a Rémond.

El acontecimiento también ha sido objeto de reflexión y revisión por parte de *Annales*. Pierre Nora reconocía en 1972 que el proyecto de historia inmediata (o del tiempo presente), y las exigencias de una sociedad *mediática*, productora y consumidora de acontecimientos explicaban su necesaria recuperación. Ante semejante reto, el interés del historiador era precisamente subrayar la parte «no acontecimental» del mismo, sino su significado. Expurgado de lo que tiene de «suceso», el acontecimiento no tiene nada de arbitrario y tiene la virtud «de atar en un haz unos significados dispersos»<sup>19</sup>.

El acontecimiento como revelador de tendencias profundas que emergen en un momento determinado, y por lo mismo, generador de nuevas estructuras es para Vovelle el acontecimiento revolucionario de 1789. Sería a la vez un acontecimiento-símbolo en que se afirma la Francia moderna, a la vez estructurante y desestructurante (de una civi-

---

<sup>18</sup> ARON, Raymond, *Dimensions de la conscience historique*, Paris, Plon, 1964. Sobre el acontecimiento Véase pp. 127 y ss. y 140 y ss.

<sup>19</sup> NORA, Pierre, «La vuelta del acontecimiento», LE GOFF, J., NORA, P., *Hacer la historia*, op. cit. I, pp. 221-239. Se trata de un artículo aparecido en *Communications*, 18, 1972 bajo el título «L'événement monstre».

lización cristiana)<sup>20</sup>. Como se puede observar esta concepción del acontecimiento que se articula con la estructura y la larga duración no consigue los efectos «azarosos» que Aron y Rémond pretendían de él.

Lo contradictorio de Rémond es que pretende combinarlos y por un lado quiere el acontecimiento inexplicable para introducir la indeterminación en la vida y en la historia y por otro lo quiere «estructurante» («fundador de mentalidades»), para integrarlo en el tiempo largo.

Cierto que no es el único en caer en contradicción. Jacques Julliard mantiene en un mismo trabajo la idea del «acontecimiento productor de estructura» y la crítica al acontecimiento único. Para la primera se apoya en la obra de Paul Bois, *Paysans de l'Ouest* en la que se llega a la conclusión de que la *chuanería* instauró estructuras políticas y mentales que permanecieron hasta nuestros días. Sin embargo Julliard afirma a la vez que la historia-problema «liberó a la historia de la tiranía del acontecimiento único»<sup>21</sup>. Con ello «la revolución dejaba de ser un acontecimiento singular... un fenómeno puntual en el flujo histórico» para convertirse en «un dato endémico de numerosas sociedades». Convertida en un mal social permanente, es decir, en un «problema» de todos los tiempos, se puede comparar, tipificar... y «descubrir las leyes de funcionamiento interno de los fenómenos revolucionarios» Y de esa forma —podríamos añadir— tomar las precauciones debidas.

El proceso al acontecimiento singular alertando que su consecuencia inevitable es una historia «lineal», «con sentido» y «finalista» lo entabló en su día François Furet. Era el acontecimiento, más que el predominio de lo político y la narración lo que definía a la historia-relato tradicional. El acontecimiento único, a diferencia de los hechos homogéneos recurrentes, no admite ser serializado ni comparado. El único medio de integrarlo en la historia y hacerlo inteligible es, darle un significado externo al mismo: «la historia-relato organiza los hechos sobre la escala del tiempo para que reciban su significado dentro de una evolución conocida de antemano». Lo que conduce a que el historiador elija los acontecimientos en función de su capacidad para encarnar el cambio<sup>22</sup>.

Sin embargo la superación de la contradicción y la fórmula para hacer compatible lo contingente y permanente del acontecimiento la han

<sup>20</sup> VOVELLE, Michel, *La découverte de la politique. Géopolitique de la révolution française*, Paris, La Découverte, 1993, p. 13.

<sup>21</sup> JULLIARD, Jacques, «La política», en *Hacer la historia*, op. cit., II, pp. 237-257.

<sup>22</sup> FURET, François, «L'histoire quantitative et la construction du fait historique», *Annales ESC*, n.º 1, 1971, pp. 63-75. Reproducido en *Hacer la historia*, op. cit. I, pp. 55-73.

encontrado los nuevos historiadores en la fenomenología de Paul Ricoeur. Para este filósofo el acontecimiento «es irreductible, lo singular que escapa a toda «ley de la historia», la experiencia de la contingencia contra la necesidad». Y sin embargo el acontecimiento «se inscribe en el tiempo largo como parte de un discurso, de una representación individual o colectiva»; es decir, y coincidiendo con Rémond, por la huella que dejó en la generación que lo vivió y que pasó en forma de memoria colectiva a las posteriores. Es este acontecimiento «sobresignificado», que ha ingresado en el tiempo largo a través de la memoria colectiva, el que tiene que decodificar el historiador<sup>23</sup>. El acontecimiento se concibe y cobra sentido en el contexto de un imaginario social. El significado no depende ni de su relación con el contexto ni con los precedentes, sino de la forma cómo es percibido y de la huella que deja a través de generaciones en las mentes. El parecido con el acontecimiento «estructurante» es evidente, aunque lo llamen «fundador» para evitar la noción de estructura. La diferencia con Vovelle, incluso con el Nora que escribía en 1972, es que si origina consecuencias, no se explica por causas, no revela nada. De esa forma el acontecimiento se libera de las consecuencias que tenía en la historia relato (necesidad de significado externo) y cumple precisamente la función contraria.

En el caso de Rémond, en el que priman los *a priori* ideológicos sobre las preocupaciones metodológicas, se aprecia mejor la función que cumple este compromiso. Consigue demostrar a la vez las excelencias de las permanencias y de las contingencias. Las primeras las necesita para relativizar el cambio o reducirlo a lo accidental, las segundas para hacerlo imprevisible e irreductible a un proceso.

Rémond no logra articular con coherencia lo estructural, que él prefiere llamar «profundo» con lo accidental, el tiempo largo con el tiempo breve. Su reflexión sobre el tiempo se reduce a una serie de afirmaciones sin más: la historia política se caracteriza «por la pluralidad de ritmos ...articula lo continuo y lo discontinuo... combina lo instantáneo y lo extremadamente lento...». Haciendo suya la división tripartita *braudeliana* encuentra en la historia política fenómenos propios de cada uno de los tiempos: los golpes de Estado, jornadas revolucionarias o crisis ministeriales se inscribirían en el tiempo breve; la vida de los regímenes políticos y de los partidos en el medio y las ideologías en la larga duración<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> PESCHANKI, Denis, POLLAK, Michael y ROUSSO, Henry. *Histoire politique et sciences sociales*, op. cit. pp.27 y 28.

<sup>24</sup> REMOND, René, *Pour une histoire politique*. op. cit. p. 30

Pero además Rémond pretende hacer todo ello compatible con la historia «científica» y hacer de lo político «el punto de mayor convergencia de series causales»<sup>25</sup>. Si ideológicamente busca la indeterminación, necesita «regularidades» para hacer la historia política «científica». La historia electoral va a cubrir este flanco.

### La elecciones en la nueva historia política

Se comprende que la renovación de la historia política haya tenido un objeto de estudio privilegiado en el estudio de las consultas electorales (es el tema cuyo desarrollo toma a su cargo en *Pour une histoire politique* el propio Rémond). Con ello hace suyo uno de los objetos centrales de la ciencia política, el comportamiento político más significativo, el acto de votar. De él depende la atribución de poder en las sociedades democráticas. Es también «indicador del espíritu público» y «revelador de la opinión y de sus movimientos». Según un Rémond, preocupado por derribar determinismos con la fuerza de la acción humana consciente y libre, es «el más sincero y significativo de todos los comportamientos colectivos». Y además de libre, es el acto social más universal; más que el trabajo, pues «la población activa es menos reducida que el cuerpo electoral que aparece como la expresión más próxima de la parte consciente del cuerpo social»<sup>26</sup>. Una razón más de la pretendida superioridad de la historia política sobre la historia social, que hace del trabajo, «otra gran realidad social» según Rémond, su centro de interés.

Desde el punto de vista metodológico, se trata de un hecho de masas (grandes números) que admite un tratamiento estadístico; se puede cuantificar, serializar, comparar... Tiene la virtud de que, sin dejar de ser un acto individual, no es un acto singular, sino recurrente: las series de resultados electorales son «un fabuloso banco de datos con el que jamás ningún historiador pudo soñar». Es además en nuestra historia contemporánea un fenómeno de larga duración, que requiere ser explicado en esa dimensión temporal.

Por último, las conclusiones a las que se llega a través de su estudio no pueden ser más gratificantes para los «a priori» ideológicos del autor. Ya a través de las obras de los «precursores» antes señalados, como en una serie de tesis doctorales de Estado realizadas en los años 1950

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 386.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 29. El capítulo «Las elecciones» que escribe Rémond, pp. 33 a 48.

sobre historia departamental, destaca Rémond cómo se pone en evidencia la diversidad regional, la estabilidad de las opiniones locales a lo largo del tiempo, y se llega a constatar que «de todas las correlaciones estudiadas, la más estable es la que se da entre opiniones políticas y creencias religiosas». Lo que hace que además de explicativa esta última correlación «conserva su capacidad predictiva»<sup>27</sup>. Con su sinceridad habitual comenta Rémond: «Semejante estabilidad bien puede llegar a fascinar a aquellos espíritus a los que su disciplina les lleva a poner de relieve todo lo que testimonia, a través del cambio, la continuidad» y tratan de desvelar «esta sorprendente permanencia y descifrar el misterio de sus causas profundas». No obstante reconoce que también ha habido trabajos de historia local cuyos autores «tentados por describir y comprender evoluciones», han prestado atención a los cambios. Es el caso de Maurice Agulhon y su trabajo sobre el *Var*, que puso en evidencia el paso de una sociabilidad predominantemente religiosa a otra laica y anticlerical. Claro que se trata de una «tentación»; la otra, también observada por Rémond, en la que cae el mismo autor es haber subrayado el papel de las estructuras en esa evolución<sup>28</sup>. Y es que, como ya hemos adelantado, los nuevos historiadores son «idealistas» y rechazan que «las infraestructuras dominen las superestructuras»; más bien piensan que sucede lo contrario.

### **Idealismo y recuperación del sujeto**

Esta enfatización en lo mental se inscribe dentro de la recuperación de las filosofías de la conciencia y del «retorno del sujeto» ante el declive del estructuralismo<sup>29</sup>. La explicación histórica se desplaza de las condiciones objetivas, ajenas a la voluntad, a la acción más o menos consciente. Es el triunfo tardío de la filosofía de la historia de Ray-

---

<sup>27</sup> Se trata de una serie de trabajos que siguen la orientación de la obra de André Siegfried, *Tableau politique de la France de l'Ouest sous la Troisième République* (1913). Cita entre otros los de Georges DUPEUX, *Aspects de l'histoire sociale et politique du Loir-et-Cher*, La Haye, Mouton, 1962, Pierre BARRAL, *Le Département de l'Isère sous la Troisième République, 1870-1940*, Paris, Presses de la Fondation nationale de sciences politiques, 1962, Philippe VIGIER, *La Seconde République dans la région alpine. Etude politique et sociale*, Paris, PUF, 1963, 2 vol.

<sup>28</sup> Se refiere a la obra de AGULHON, *La République au village. Les populations du Var de la Révolution à la Seconde République*, Paris, Plon, 1970.

<sup>29</sup> Sobre este tema: DOSSE, François, *Histoire du structuralisme, II. Le chant du cygne, 1967 à nos jours*, Paris, La Découverte, 1991, pp. 339 y ss.

mond Aron y, en otro sentido, el reconocimiento, también tardío pero espectacular, de Paul Ricoeur.

Rémond no ha necesitado descubrir nada, simplemente ha encontrado su oportunidad. Es un idealista confeso que no admite «que se sustituya el debate de ideas por el análisis de los hechos puramente objetivos»<sup>30</sup>. Ya en 1954 fue «la certeza negativa» de que las opciones políticas de los individuos están escasamente condicionadas socialmente lo que le llevó a emprender una historia de la derecha que se interesase por las ideologías: «las tradiciones de pensamiento tienen una consistencia propia y viven por ellas mismas. A ellas hay que acudir para explicar los comportamientos políticos»<sup>31</sup>. *Les droites en France* pretende ser «una historia metódica de las ideas». Rompiendo con la exposición cronológica ofrece una visión de larga duración de la historia de las tres familias políticas de la derecha francesa desde 1815 a nuestros días, la «legitimista», tradicionalista y reaccionaria; la «orleanista», conservadora liberal; y la «bonapartista», populista plebiscitaria y autoritaria. Tres derechas que tendrían hoy su expresión personal en Le Pen, Giscard d'Estaigne y Chirac y «en las que la continuidad pasa por encima de las rupturas institucionales y se mantiene a través de la sucesión de generaciones y a pesar de las mutaciones de la sociedad francesa». Tres derechas irreductibles entre sí que se mantienen a lo largo del tiempo «sin alterar su singularidad». Son, con palabras de un Rémond nada preocupado por matizaciones conceptuales, «especies de arquetipos que adquieren con el tiempo una coherencia que les permite subsistir»... «algo parecido a los tipos ideales de Max Weber»... «conjuntos estables que constituyen sistemas filosóficos que llegan a ser representaciones del mundo»... «familias de pensamiento», «expresión de diversos temperamentos políticos»... «grandes tradiciones de pensamiento que corresponden a lo que se llama, desde hace algunos años una cultura política original»<sup>32</sup>.

«Generación» y «cultura política» son dos categorías, si no originarias, sí profusamente utilizadas por los nuevos historiadores políticos. La generación como categoría social diríase que pretende sustituir a la de «clase», casi ausente de su *outillage mental*. La de cultura política no se utiliza en el sentido tradicional, «aplicada a élites capaces de formular con claridad una ideología», sino a las masas. Un discípulo de

<sup>30</sup> ORY, Pascal, (dtor.), *Nouvelle histoire des Idées politiques; Postface de René Rémond*, Paris, Hachette, 1987, p. 599

<sup>31</sup> REMOND, René, *Les droites...op. cit.* p. 22

<sup>32</sup> REMOND, René, *Les droites*, op. cit, pp. 39 a 43.

Rémond, Serge Berstein, la define como « un sistema de referencias en el que se reconocen los miembros de una familia política, recuerdos históricos comunes, héroes consagrados, textos fundamentales (aunque no se lean), símbolos, banderas, fiestas, vocabulario codificado, etc.»; sin olvidar la importancia fundamental de los ritos<sup>33</sup>. Como puede observarse lo emocional e irreflexivo domina una vez más.

La genealogía de estas «familias» o «culturas políticas» interesa más que su significado en cada momento histórico, de modo que el bonapartismo se entiende mejor en relación con el *boulangisme*, el *poujadisme* o el *gaullisme* que en el contexto en que aparece. Y es que toda historia, y siguiendo la metáfora familiar, es para Rémond continuidad en el tiempo, comporta filiaciones, reconocidas e ignoradas, reivindicadas o rechazadas. Surgen semejanzas, se revelan parentescos, se dibujan convergencias<sup>34</sup>. No cabe duda que aislar «singularidades» que se explican por sí mismas es una manera de negar «totalidades». Cumple la misma función fragmentadora que la serialización de objetos homogéneos de la escuela de *Annales*. Rémond confiesa sin ambages el carácter de *a priori* o axiomas que tiene: «en el sistema de explicación que propongo la permanencia en el tiempo de las tres tradiciones individualizadas no es menos fundamental que la pluralidad: los dos axiomas son solidarios»<sup>35</sup>. A pesar de que esta división tripartita de la derecha ha pasado a ser clásica en la historiografía francesa, no le han faltado críticas tanto por la rigidez del esquema tripartito como la hipótesis de la continuidad.<sup>36</sup>

La historia de las ideas, para Rémond, «no está determinada externamente», aunque tampoco es ajena a la historia en general y a la historia política en particular. De nuevo un dualismo difícil de resolver. Por eso se ve forzado a reconocer que «las relaciones entre la vida de las ideologías y la historia de las sociedades son a veces desconcertantes: nada es más imprevisible que los procesos por los cuales las doctrinas

<sup>33</sup> BERSTEIN, Serge, «Les partis», en REMOND, R. *Pour une histoire politique*, op. cit. p.80.

<sup>34</sup> ORY, Pascal, *Nouvelle histoire...* op.cit. p. 600

<sup>35</sup> REMOND, René, *Les droites...* op. cit., p.38

<sup>36</sup> Entre otros, AGULHON, Maurice, «La droite et la gauche: lutte des classes ou lutte d'idées?» en *Histoire Vagabonde*, 2 T., Paris, Gallimard, 1988, II, pp 216 y ss.; RIALS, Stéphane, «Fausses droites, centres morts et vrais modérés dans la vie politique française contemporaine», en *Revolution et Contre-révolution au XIX<sup>e</sup> siècle*, Paris, D.U.C./Albatros, 1987, pp. 41 y ss. Y desde posturas próximas a los nuevos historiadores políticos, ROSANVALLON, Pierre, *Le moment Guizot*, Paris, Gallimard, 1985, pp.358 y ss. Este último sin hacer una crítica explícita a la obra de Rémond la desautoriza parcialmente al establecer una relación entre el doctrinarismo u «orleanismo» y el conservadurismo republicano de la *Troisième République*.

engendran regímenes». Lo único que aparece evidente es la escasa incidencia de los hechos económicos en la vida política: «los fenómenos económicos son por sí mismo neutros y sus efectos perfectamente ambivalentes»<sup>37</sup> Su influencia, de haberla, siempre se da mediada por creencias y mentalidades que pueden orientarlos en sentidos diversos. Y en cualquier caso son más bien las «crisis del espíritu»: las que anuncian crisis políticas y económicas que a la inversa<sup>38</sup>. En cambio las ideas sí mantiene «relaciones íntimas con el espíritu científico de su tiempo», también con la estética y, sobre todo, con la religión. En este sentido, en el *postface* que escribe para la *Nouvelle histoire des idées politiques* dirigida por Pascal Ory se lamenta que la dimensión religiosa de las ideas políticas haya sido descuidada en la obra, precisamente cuando «la actualidad cotidiana demuestra el impacto de las creencias religiosas sobre los comportamientos»<sup>39</sup>.

Obsérvese que Rémond se preocupa en todo momento en destacar la parte menos racional y reflexiva de la conciencia. Lo que explica las conductas colectivas, no son tanto lo que se entiende por ideas, sino lo que se identifica con lo que los *annalistas* llamaron mentalidades, cuyo nivel según Le Goff «es el de lo cotidiano y de lo automático, lo que escapa a los sujetos individuales de la historia porque es revelador del contenido impersonal de su pensamiento»<sup>40</sup>. Con lo que la intención primera por la que se ponía el acento en el protagonismo de los agentes sociales frente a las fuerzas impersonales, salvar el «libre albedrío», queda anulada por otro determinismo más difícil de conocer, el del inconsciente. Si en un primer momento parecía que Weber (acción intencional calculada) vencía a Durkheim, al final éste se vuelve a colar de rondón (Durkheim, junto a las estructuras enfatizó la conciencia colectiva inconsciente a expensas de las acciones intencionales; una coacción no menos férrea que la económica o la demográfica).

Por último, Rémond destaca la superioridad de la historia política sobre las demás a la hora de expresar «la identidad colectiva»: «un pueblo se expresa por su modo de concebir, practicar, de vivir la política tanto mejor que por su literatura, su cine o su cocina». La cultura política, «que resume la singularidad del comportamiento de un pue-

---

<sup>37</sup> REMOND, René, *La vie politique en France, II 1848-1879*, Paris, Armand Colin, 1969, p. 7.

<sup>38</sup> ORY, Pascal, *Nouvelle histoire....*, *op. cit.*, p. 601.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 602.

<sup>40</sup> LE GOFF, Jacques, «Las mentalidades. Una historia ambigua», en LE GOFF, Jacques, NORA, Pierre, *Hacer la Historia III*, *op. cit.* p. 85



blo... es el más poderoso revelador del *ethos* de una nación y de su genio». En el caso de Francia es todavía más evidente pues hace de ella «una excepción en Europa»<sup>41</sup>.

Lo cierto es que en estas pretensiones «identificadoras» Rémond no hace más que seguir una preocupación que desde hace algún tiempo afecta a los intelectuales franceses en general y a los historiadores en particular. Ya Braudel dejó casi como testamento y testimonio de su «amor a Francia» *L'identité de la France*<sup>42</sup>. Pero sobre todo tiene su expresión más acabada en la monumental obra colectiva en varios tomos dirigida por Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, en la que se ofrece un inventario de los lugares donde se ha encarnado la memoria colectiva de los franceses a lo largo de los siglos. Se centra en las «representaciones» (símbolos, monumentos, fiestas, textos «canónicos»...) que «cristalizan la conciencia nacional y política»<sup>43</sup>. Es muy posible que este intento de recuperación de una historia común esté en relación con el cambio del paisaje político en Francia marcado por el fin de los antagonismos y el ascenso de la idea de «consenso nacional»<sup>44</sup>.

### Colaboradores y temas de la nueva historia política

En esta manera de pensar y utilizar la historia Rémond es acompañado con más o menos fidelidad por los autores que colaboran en *Pour une histoire politique*. A primera vista parece que las preocupaciones metodológicas por introducir a la historia política en el club científico priman sobre las ideológicas; por supuesto en la medida que unas y otras son escindibles, pues todo método parte de algunos supuestos más

<sup>41</sup> REMOND, René, *Pour une histoire politique... op. cit.*, p.386. Merece la pena reproducir los rasgos de esa excepcionalidad que son par Rémond: «una participación relativamente elevada en las consultas electorales, la débil adhesión a las maquinarias políticas, la desconfianza respecto de los partidos, un antiparlamentarismo latente, una sorda animadversión contra la clase política, una aspiración intermitente a un gobierno fuerte pero rechazando a la vez toda autoridad que no provenga de la libre elección de los ciudadanos, divisiones que reaparecen sin cesar pero también el deseo de una unión que trascienda las querellas, componen una mezcla original que lleva la marca de una larga historia política».

<sup>42</sup> BRAUDEL, Fernand, *L'identité de la France Espace et histoire*, Paris, Arthaud-Flammation, 1986.

<sup>43</sup> NORA, Pierre, *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984, I La République, p. VI y ss.

<sup>44</sup> LEVILLAIN, Philippe, «Les protagonistes: de la biographie», en REMOND, René, *Pour une histoire politique, op. cit.* p. 145. La necesidad de una ideología de consenso es también el tema central de la obra de FURET, François, JULLIARD, Jacques y ROSANVALLON, Pierre, *La République du centre*, Paris, Calmann Lévy, 1988.

o menos confesados. En cuanto a las contradicciones observadas en el maestro si alguno consigue el mismo equilibrio para mantenerlas, otros se ven forzados a optar. Un breve repaso a algunos de los trabajos nos lo puede confirmar.

Así, para Jean Pierre Azéma, «La guerra», tema que él se encarga de desarrollar, ha dejado de ser por un lado un acontecimiento singular, «irrupción desordenada de lo contingente» para, más allá de la especificidad de cada conflicto, convertirse en un hecho recurrente, un problema de todos los tiempos<sup>45</sup>. Un hecho que no pertenece a la superficie de la historia sino que «ha moldeado mucho más en profundidad que la evolución de los medios de producción la historia de la humanidad». Porque aunque la guerra como acontecimiento tiene efectos rupturistas inmediatos: «modifica radicalmente los comportamientos políticos individuales y hace reaparecer lo que Freud llamaba “el hombre de los orígenes”», son sus consecuencias de larga duración las que más interesan. En la medida en que las guerras son «lo que mejor retiene la memoria colectiva», no sólo marcan a toda una generación, sino que «modelan en profundidad comportamientos culturales y políticos». Y al ocupar un lugar relevante en el «imaginario colectivo» colaboran en la cristalización de los «procesos de identificación nacional». El antieconomicismo no sólo aparece en Azéma a la hora de explicar el origen de las guerras, en el que los factores económicos tienen para él un peso muy inferior a los ideológicos, psicológicos y morales, sino sobre todo, como acabamos de ver a la hora de medir sus consecuencias. Pero la guerra es también algo próximo a lo que en su día Marcel Mauss llamó «un hecho social total». Como «reveladora de la vida social» es posible reconstruir a partir de ella, una sociedad completa. La guerra se convierte así en «un fenómeno de historia total que por lo mismo reclama un tratamiento interdisciplinar.

Una historia religiosa renovada por la sociología religiosa no puede más que enriquecer la historia política. Aline Coutrot insiste en la necesidad de «relativizar las explicaciones fundadas en los factores socio-económicos» y valorar por el contrario «la importancia del componente religioso» en ese comportamiento colectivo que se concreta en el voto» tal y como en su día ya lo demostraron los trabajos de Seignobos y Siegfried. Además, a través de lo religioso «se aprehenden las masas», así como «elementos importantes de la cultura política que operan en la larga duración» y se accede a una parte del inconsciente<sup>46</sup>.

<sup>45</sup> AZEMA, Jean-Pierre, «La guerra», *Pour une histoire politique*, op. cit. pp 345-377.

<sup>46</sup> COUTROT, Aline, « Religion et politique» en REMOND, R., *Pour une histoire politique*, op. cit. pp. 287-313.

Jean Jacques Becker que se ocupa de «la opinión», y también tiene un recuerdo para Seignobos como precursor, pretende que su historia es también una «historia en profundidad» pues tiene su origen en gran medida en las estructuras mentales. La opinión, a la que prefiere no calificar de «pública» pues no se agota en la opinión organizada (prensa, propaganda...) cubre realidades diversas y no tiene límites precisos con las mentalidades. La diferencia es de «ritmos temporales». Mientras la historia de las mentalidades gusta de la larga duración en la que se determinan las actitudes profundas, la conducta de los individuos durante siglos» y de la duración media que registra los cambios entre generaciones, la historia de la opinión como reacción ante el acontecimiento concreto está atenta al tiempo breve. Si bien esta reacción echa raíces en el inconsciente y pasa a formar parte de la mentalidad colectiva. La opinión es una fuerza política anónima que aunque no directamente tiene influencia sobre las decisiones políticas. Su estudio requiere la combinación de métodos cuantitativos y cualitativos<sup>47</sup>.

«Los partidos políticos», que tienen como presentador a Serge Berstein han superado la historia-crónica y alcanzado el nivel científico. Si otorga el valor de «fundadora» a la obra *Les droites en France* de Rémond, reconoce que fueron los trabajos de los politólogos (Charlot, La Palombara, Weiner, Duverger...) los que «cambiaron las perspectivas de la investigación y la naturaleza de las preguntas sobre los partidos». El interés actual por su estudio está fuera de toda duda. Debido a las múltiples funciones que cumplen, los partidos son, para Berstein, un elemento fundamental para la comprensión del mundo contemporáneo. Como cuerpos intermedios sirven de mediadores entre un electorado atomizado y el poder y hacen posible el juego político. Pero además son instancias decisivas de socialización y le dan una identidad política al electorado: «organizan la sociedad según esas divisorias nuevas que son las ideologías». Pero además, seleccionan élites, movilizan masas, difunden ideologías... en suma, estructuran la sociedad.

En otro sentido, el partido como objeto de estudio se adapta perfectamente a las exigencias de la renovación de la historia política. El hecho, demostrado por los politólogos americanos La Palombara y Weiner de la necesidad de una crisis para el nacimiento de un partido nuevo «hace en gran medida sustraer el fenómeno partidista del dominio de lo contingente en el que desde hace tiempo estaba acantonado

<sup>47</sup> BECKER, Jean-Jacques, «L'opinion», en REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit. pp. 161-183.

para hacerlo entrar en el de lo estructural en el que aparece como «revelador de problemas fundamentales»; de forma que «de un golpe, toda una parte de la vida política cesa de ser el lugar de acontecimientos ininteligibles, y sobre todo, de un interés relativo, para convertirse en un conjunto de fenómenos significantes que hay que interrogar». No hay territorio histórico en el que «la explicación de las acciones del hombre en sociedad ponga en juego un haz más completo de parámetros»: el peso de la tradición y el juego de mentalidades, la cultura y el discurso, los grupos sociales y la ideología, la psicología social, el juego de mecanismos organizativos y la importancia de las representaciones colectivas...». Obsérvese la desproporción entre la enumeración reiterativa bajo distintos términos de factores «superestructurales» y el silencio de los económico salvo que se de por supuesto su inclusión en la mención de los «grupos sociales». A pesar de ello, lo que quiere decir Berstein, es que el partido político igual que la guerra para Azema también puede ser considerado «un hecho social global» .

Pero también el estudio de los partidos conduce a la demostración de la autonomía de la política, pues si es cierto que en su origen no se puede separar su creación de la situación histórica, «una vez nacido, el partido político se convierte en un organismo vivo que posee existencia propia y se proporciona medios para durar... por encima de las condiciones que le vieron nacer». Se convierte en depositario de una cultura política...que da lugar al nacimiento de una tradición... transmitida de generación en generación» y exige ser tratado en la larga duración.

A Jean Pierre Rioux le toca desarrollar el nada fácil tema de las asociaciones políticas; nada fácil, porque al diferenciarlas del partido por no tener como objetivo el acceso al poder y contemplarlas como grupos de intereses en el más amplio sentido (sindicatos incluidos) las sitúa en un terreno, más que fronterizo, coincidente con el de la historia social<sup>48</sup>. Su inclusión en la historia política vendría justificada porque las asociaciones tienen como fin presionar sobre el poder y «contribuyen a estructurar el sistema político». Si para Berstein los partidos políticos estructuran la sociedad, para Rioux las asociaciones estructuran el sistema político. El argumento no deja de ser forzado y es todo un ejemplo de las pretensiones de la nueva historia política de fagocitar la historia social.

Las asociaciones, al igual que los partidos para Berstein, «son fenómenos recurrentes que crecen en tiempos de ruptura del consenso y de

<sup>48</sup> RIOUX, Jean-Pierre, «La association en politique», en REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit., pp. 87-120

crisis socioculturales... en tiempos difíciles». Un fenómeno en suma de todos los tiempos, que sean difíciles; y es, por supuesto, «irreducible a la presión del interés prosaico». Es un «problema» que tiene su propia autonomía. Por eso, a pesar de ser Agulhon uno de los pioneros de en el estudio del asociacionismo histórico y el padre de la puesta en escena de la noción de sociabilidad, es objeto de las críticas de Rioux por estudiarlo como «una manifestación de desarrollo progresivo del principio de libertad política y de su institucionalización», dentro del proceso histórico hacia la modernidad que tendría su origen en 1789. Y ello, no sólo lleva consigo la idea de «sentido de la historia», sino que priva de autonomía al hecho (o problema) asociativo, reduciéndolo a «ser un jalón de un encadenamiento que no podría controlar ni en su origen ni en su destino».

En la crítica de Rioux a Agulhon está implícito el problema de la relación de la historia con las ciencias sociales. Si la nueva historia política pretende convertirse en ciencia social tiene que aislar objetos autónomos o «problemas» recurrentes que le permitan a través de un tratamiento comparativo lograr su mejor comprensión. El tiempo deja de ser la instancia de intelegibilidad de un proceso, que en principio se niega, y el pasado se convierte en un inmenso almacén de objetos más o menos autónomos al que acuden los científicos sociales en busca de su material de laboratorio. No obstante todavía parece haber historiadores que, aunque se centran en un objeto, no lo autonomizan ni lo abstraen de su contexto, e incluso lo utilizan para explicar eso que se ha considerado que es el objeto específico de la historia: el cambio.

Prost es el abogado defensor de «Las palabras», de hacer ver cómo la lingüística enriquece y amplía el horizonte de la historia política y de las mentalidades<sup>49</sup>. Relativiza, acertadamente, la eficacia de los métodos cuantitativos en este campo por la desproporción entre el trabajo empleado y la pobreza de los resultados conseguidos. Sin rechazarlos, da preferencia a los cualitativos (intuición y lógica), para revelar estructuras mentales, itinerarios y estrategias discursivas y campos semánticos. Próximo a la teoría de los actos lingüísticos de Austin según la cual el que dice algo no sólo describe y representa el mundo sino también actúa en él, también para Prost «decir es hacer» y la intención hay que buscarla en el propio contexto lingüístico. En definitiva una forma más de aproximarse a la comprensión de las acciones o comportamientos políticos a través de «las palabras».

---

<sup>49</sup> PROST, Antoine, «Les mots», en REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit. pp.255-285,

Jean-François Sirinelli hace la presentación de ese nuevo objeto de investigación que son los intelectuales. Recuerda que ya en 1959 Rémond apuntó que «el comportamiento político de los intelectuales merecería por sí solo un estudio». Se trataba de informar sobre una forma nada despreciable de poder, y máxime para un idealista: el poder intelectual o, dicho de otra manera, los intelectuales como actores de lo político. Pero el hecho de que este objeto, sea compartido con la historia social y con la historia de la cultura, lo aprovecha Sirinelli para reclamar la autonomía de la historia intelectual y convertirla en lugar de encuentro de las otras tres. La historia de los intelectuales puede llegar a ser una aproximación global y nueva a la historia contemporánea de Francia que tendría como punto de partida el papel cultural y político de los intelectuales<sup>50</sup>.

Coincide con Rémond en el valor explicativo que la categoría de generación, entendida como solidaridad de edad, tiene para la historia intelectual y en la capacidad cohesionadora del «acontecimiento fundador», que acaba dejando sus huellas en la memoria colectiva. También comparte con él la valoración de las «superestructuras» a la hora de comprender los comportamientos colectivos. De la triada «ideologías», «culturas políticas» y «representaciones» destaca Sirinelli por su importancia éstas últimas. La tarea de comprensión no pasa tanto por la relación entre la lógica de los fenómenos de opinión con los hechos reales o por la influencia de las ideas expresadas de forma sistemática, como por «el análisis de las representaciones mentales a través de las cuales esas ideas y esos hechos «son percibidos, vividos y juzgados por los contemporáneos»<sup>51</sup>. De nuevo, si para comprender conductas los intereses cuentan menos que las ideas; de éstas son las más «vivenciales» y menos reflexivas las que cuentan más.

En un escrito posterior en el que Sirinelli anuncia y presenta la obra *Histoire des droites françaises* que él ha coordinado por encargo de Gallimard, aunque no niega la influencia de la obra clásica de Rémond, parece sin embargo, mantener un enfoque diferente. La dificultad reconocida de comparar «familias» en distintos contextos le orienta hacia una aproximación «situacional»<sup>52</sup>. En otro sentido, se proclama partida-

<sup>50</sup> SIRINELLI, Jean-François, «Les intellectuels», en REMOND, René, *Pour une histoire politique*, op. cit., pp. 199-231.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>52</sup> PESCHANSKI, Denis; POLLAK, Michael, ROUSSO, Henry, *Histoire politique et sciences sociales*, op. cit. Esta obra es resultado de un encuentro entre historiadores y especialistas en otras ciencias sociales en el que los primeros presentan una obra que es comentada por los segundos. En el capítulo V (pp. 125-140) François Sirinelli presenta la obra colectiva citada.

rio del «cosmopolismo historiográfico» y del mestizaje de enfoques, Un enfoque multiforme no puede primar lo político ni menos dar prioridad a la historia política. Su propósito en la obra que presenta es «hacer la historia total de un *objeto político*», en su caso, las derechas francesas. Ello no quita para que de todos los enfoque posibles Sirinelli considere que el que privilegia lo político sea de todos ellos el más rico. En cualquier caso quiere acabar con las disputas de escuela (prueba de que las hay) y romper unas fronteras que considera falsas entre la historia política y la *nouvelle histoire*; incluso piensa que para las nuevas generaciones de historiadores ni debe haber fronteras ni denuncias de «contrabandos» y «traiciones». También considera falsa la divisoria entre historia política e *historia social*. Lo importante ha sido menos la rehabilitación de la historia política que la relegitimación del *objeto político* y su inserción en el «ecumene» del historiador. En este sentido, tiene un recuerdo para los primeros *annalistas* que reclamaron esta recuperación, particularmente para Jacques Julliard, y si reconoce la influencia que sobre él ha ejercido Rémond, no deja sin reconocimiento a un Agulhon cuya obra considera «motor y símbolo del éxito del injerto de la historia de las mentalidades en la historia política». Sirinelli parece querer convertirse, a su vez, en punto de encuentro de los diversos clanes de historiadores políticos.

### Otra historia política renovada

Lo cierto es que la renovación y el interés por la historia política en Francia no es privativo del círculo de autores que se mueve en torno e René Remond y a las instituciones anteriormente mencionadas. Así como en su día la historia económica y social no fue un monopolio de *Annales* sino que su estudio se generalizó y alcanzó incluso a la *La Revue Historique*, portavoz de la escuela tradicional, también en los últimos años la historia política se ha convertido en un hecho general<sup>53</sup>. Buena prueba de ello es el cambio observado en los programas de agregación de historia<sup>54</sup>. Pero, como escribe Pascal Balmand después de re-

<sup>53</sup> DUMOULIN, Olivier, «Revue historique» en BURGUIERE, André, *Dictionnaire des Sciences Historiques*, Paris, PUF, 1986, p.603

<sup>54</sup> BALMAND, Pascal, «Le renouveau de l'histoire politique» en BOURDE, Guy, MARTIN, Hervé, *Les écoles historiques*, Paris, Seuil, 1989, p. 370. Si para 1982 y 1983 los candidatos tenían que trabajar sobre «La evolución económica de Francia, Alemania, Rusia y Estados Unidos de 1850 a 1914» en 1984 y 1985 se les pedía que lo hiciesen sobre «La vida política

conocer la centralidad de Rémond en su relanzamiento, «si hay otros centros desde los que también se trabaja la historia política... y un P. Nora o un J. Julliard, ambos directores de estudio de *L'École d'hautes études en sciences sociales*, ilustran la posibilidad de configuraciones diferentes» estas experiencias son «cuantitativamente secundarias». <sup>55</sup>

Quizás convenga recordar que, aunque no parecen tenerlo en cuenta los franceses, la renovación de la historia política, y sobre pautas similares a las que se presentan hoy como novedad, tuvo su momento en Estados Unidos en los años 1960. Ya en 1957 Lee Benson señaló el camino centrandose en el comportamiento electoral el objeto preferente; preferente pero no único, élites, estudio de decisiones y opinión pública lo serían también. La utilización de métodos cuantitativos y de una conceptualización derivada de la ciencia política y de la sociología podrían permitir al historiador político participar en la empresa científica colectiva de «descubrir y desarrollar leyes generales de la conducta humana». <sup>56</sup>

Pero, como decíamos, en Francia ha habido otras maneras de renovar la historia política. Dejando aparte la obra de medievalistas como Georges Duby que no ha dejado de incluir la política junto a la economía y las mentalidades a la hora de explicar la sociedad feudal o de Bernard Guenée, que ha dedicado la mayor parte de su obra a la historia política de la Edad Media, he aquí tres botones de muestra de contemporaneístas relevantes.

Hemos citado antes las veladas críticas que Rémond y Rioux hacían a Agulhon por su interés por captar evoluciones y no aislar «problemas» autónomos. Este «francotirador», como alguna vez se ha llamado a sí mismo, catedrático de historia contemporánea en el *Collège de France*, ha dedicado sus trabajos al proceso de construcción de la democracia republicana en Francia y a las condiciones sociales y culturales que explican su éxito: «la política del lado de la recepción» como lo ha indicado él mismo <sup>57</sup>. Pionero en la utilización en el análisis histórico

---

en Francia, en Alemania Federal y en Gran Bretaña de 1945 a 1969. Lo que le sirve a RÉMOND para ver en ello no sólo el reconocimiento de la historia política sino también el estatus científico de la historia inmediata. *Pour une histoire politique*, *op. cit.* p. 18

<sup>55</sup> BALMAND, Pascal, «Le renouveau de l'histoire politique», *op. cit.* p. 369

<sup>56</sup> Para los orígenes de la nueva historia política norteamericana, BENSON, Lee, «Research Problems in American Political Historiography» en M. KOMAROVSKY (ed), *Common Frontiers of Social Sciences* y HAYS, Samuel P., «The Social Analysis of American Political History, 1880-1920', *Political Science Quarterly*, sept. 1965.

<sup>57</sup> AGULHON, Maurice, «Conflits et contradictions dans la France contemporaine», en *Histoire vagabonde, II*, Paris, Gallimard, 1988, p.305.



del concepto antropológico de sociabilidad, lo es también en el estudio del significado y de la función de monumentos y símbolos<sup>58</sup>. Su colaboración a la Historia de Francia de *Hachette*, *La République 1880 à nos jours* es un ejemplo de cómo se puede hacer una historia política en la que tengan cabida los conflictos de clase junto a los conflictos de ideas<sup>59</sup>. También, por cierto, los afanes «patrióticos».

Pero es casi una ironía que la historia del sufragio universal en Francia, investigación que Rémond venía reclamando y consideraba fundamental, haya sido realizada bajo otros supuestos, aunque también renovadores. Raymond Huard, autor de *Le suffrage universel en France 1848-1946* dice haber escrito su obra «no sólo por llenar un vacío historiográfico, sino también por descubrir un paisaje en parte nuevo, diferente del que ofrece la historia política habitual». Para Huard la historia del sufragio es inseparable de la historia social. Si puede ser estudiado a nivel de la «microsociedad local», es en relación con las «grandes masas sociales» y «las relaciones entre las clases», donde reside su mayor interés. Desde el momento que el sufragio echa raíces «en el conjunto de las condiciones sociales que influyen en su ejercicio» la interdisciplinariedad se convierte en necesidad; de la demografía, a los caracteres específicos de las comunidades históricas, a la estructura social, al nivel de instrucción, a las formas y posibilidades de comunicación de los hombres y del pensamiento, al estado de las mentalidades...». Huard no autonomiza un problema para cuya solución utiliza otras disciplinas, sino que a partir de un problema establece la red de relaciones y sobre todo su evolución. En la historia del sufragio universal el crecimiento de la clase obrera supuso para Huard un hito clave. No obstante Huard no se libra de la «tentación identificadora» y cree que la obra contribuye a dar luz sobre «la especificidad de la historia de Francia». La introducción precoz del sufragio universal hizo que Francia se convirtiese en una especie de laboratorio, dándole «una originalidad incontestable en Europa»<sup>60</sup>

La última obra de Vovelle *La découverte de la politique. Géopolitique de la Révolution française* es también otro ejemplo de cómo la his-

<sup>58</sup> Sus obras más representativas sobre estas materias, AGULHON, Maurice, *Pénitents et francs-maçons dans l'ancienne France*, Paris, Fayard, 1968. *Le cercle dans la France bourgeoise*, Paris, Armand Colin, 1977 y *Marianne au combat. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 à 1880*, Paris, Flammarion, 1979.

<sup>59</sup> AGULHON, Maurice, «La droite et la gauche: lutte de classes ou lutte d'idées?» en *Histoire vagabonde II*, op. cit.

<sup>60</sup> HUARD, Raymond, *Le suffrage universel en France 1848-1946*, Paris, Aubier, 1991, pp. 9, 12, 13 y 412.

toría política renovada se puede hacer desde distintos supuestos de los que hemos expuestos como dominantes. Cómo se operó el «descubrimiento y el aprendizaje de la política» a lo largo del decenio revolucionario; o dicho de otra manera, el alcance del proceso de «politización» o hasta dónde la Revolución logró imponer una cultura y una práctica política nuevas, es el objetivo que se pretende lograr. El problema no se aborda desde arriba (instituciones, valores, proclamas...), sino desde abajo, siguiendo el terreno de la difusión y la propagación de prácticas nuevas. Como su autor lo define es «un intento de recuperar la política, pero como elemento de una historia total, y no «situarla en las nubes», a nivel de conceptos y discursos. Política aprehendida por su base, como cambio, aprendizaje, descubrimiento progresivo, lugar en el que se reencuentran lo social, lo cultural, lo religioso, las herencias de larga duración y las tensiones del momento». Contra quienes enfatizan, incluso autonomizan lo mental, y sin negar la importancia de, por ejemplo, las herencias religiosas arraigadas, matizará que «no se puede desconocer la importancia de las estructuras sociales englobantes en las cuales prospera o vegeta una pastoral». Concluye alertando del riesgo de que, ante el actual redescubrimiento de lo político, «ahogados, se dice, ayer por la hegemonía de lo social y de lo económico corramos el riesgo de ver sustituido el «todo social» de ayer por el «todo político» que para más de uno representa el porvenir»<sup>61</sup>.

### **Reflexiones finales: ¿Inversión epistemológica?**

Por lo visto hasta aquí podemos concluir, que si la nueva historia política se ha renovado, lo ha hecho por los mismos cauces que en su día lo hizo la historia económica y social. Sin embargo, la recuperación del sujeto frente a las fuerzas impersonales, privilegiadas por el estructuralismo, junto con la incorporación de lo político, y una particular manera de relacionar acontecimiento y estructura, serían las señas de identidad de la nueva historia política. De algún modo se ha pretendido hacer compatible el modelo *annalista* con todo aquello contra lo que se afirmó. A falta de una lógica dialéctica, las contradicciones, como se ha tratado de hacer ver, eran inevitables.

¿Inversión epistemológica como pretende Rémond? Vayamos por partes. En cualquier caso no sería monopolio de los nuevos historiado-

---

<sup>61</sup> VOVELLE, Michel, *La découverte de la politique*, op.cit., pp. 22 y ss. y 344

res. De nuevo, conviene recordar, aunque traspasemos las fronteras francesas, el precedente de la escuela marxista británica y su preocupación por buscar un lugar en la explicación histórica a los fenómenos de conciencia (Thompson) y el de la psicohistoria americana. Incluso tener en cuenta el cambio de valoración de la ideología por parte del marxismo en general (descubrimiento de Gramsci y recuperación del joven Marx)<sup>62</sup>. Pero sobre todo, como hemos señalado anteriormente, la historia de las mentalidades es un viejo objeto de estudio en *Annales*. Iniciado por el mismo Febvre, sirvió en los años 1970 para renovar la temática y «dexintorsicarse» de la historia económica y social<sup>63</sup>. Si en un primer momento se contempló como una prolongación de la historia social, fue cobrando autonomía, y de epifenómeno se convirtió en centro explicativo. El reconocimiento tardío de Philippe Ariés y su teoría del inconsciente colectivo fue un hito significativo en este proceso.<sup>64</sup>

Recientemente, notables *annalistas* como Marcel Gauchet y Roger Chartier, también han hecho explícitamente suyas las filosofías de la conciencia que dominan desde hace un tiempo los aires intelectuales franceses. Desde las páginas de *Le Débat*, revista dirigida por Pierre Nora y de la que el mismo Gauchet es redactor jefe, anunciaba éste «un cambio radical de paradigma en las ciencias sociales» que vendría definido por «el retorno del sujeto y de la parte más explícita y reflexiva de la acción intencional», además de por «una comprensión ampliada de lo político como factor más englobante que cualquier otro» y «por la fuerza de las ideas».<sup>65</sup>

Por su parte Chartier, desde *Annales* corroboraba el retorno a una filosofía del sujeto y el rechazo de la fuerza de las determinaciones colectivas, a la vez que revalorizaba lo político como «el nivel más abarcador de la organización de las sociedades»<sup>66</sup>. Todo ello llevaba parejo

<sup>62</sup> IGGERS, Georg G., *New Directions in European Historiography*. Conneticut, Wesleyan University Press, 1988 (2ª ed.), pp. 183 y ss.

<sup>63</sup> LE GOFF, Jacques, «Las mentalidades. Una historia ambigua», en *Hacer la historia*, op. cit. III p. 85.

<sup>64</sup> ARIES, Philippe, «L'histoire des mentalités», en *La Nouvelle Histoire*, Paris, 1978, C.E.P.L., 1978, pp 402-423. Para la evolución de la historia de las mentalidades en *Annales*: DOSSE, François, *La historia en migajas*. Valencia, Alfons ei Magnánim, 1988, pp. 210 y ss.

<sup>65</sup> GAUCHET, Marcel, «¿Changement de paradigme en sciences sociales?», *Le Débat*, 50, 1988, pp 165-170. En el mismo número ver también «Totalitarisme, libéralisme, individualisme», pp.185-189. En él explica las causas de esta «mutación cultural» y sus efectos. El «síndrome Soltjenitschin y el descubrimiento del Gulag habrían abierto los ojos a los «occidentales» de sus propias excelencias: el liberalismo, el individualismo, el mercado, la democracia y los derechos del hombre.

<sup>66</sup> CHARTIER, Roger, «Le monde comme représentation», *Annales ESC*, 6, 1989,

la necesidad de «descifrar de otra manera las sociedades»: pasar de la investigación de regularidades a la de singularidades y, sobre todo, «liberar a lo cultural de las tiranías de condicionamientos sociales». Chartier quiere, en definitiva, una historia cultural autónoma tanto en su objeto como en su método (abandono del cuantitativismo y la serialización y recuperación de la hermenéutica) <sup>67</sup>.

Este desplazamiento de «lo objetivo» a «lo subjetivo» merece un comentario. Hay detrás de él el supuesto filosófico de que el estructuralismo al «matar al sujeto», mataba su libertad. *Sensu contrario* los nuevos enfoques subjetivistas e idealistas pretenden reforzar la idea de «libertad» en la vida y en la historia frente a la de «necesidad», convirtiendo en opción abierta lo que es más bien cuestión de proporción y combinación («los hombres hacen la historia pero la hacen a partir de unas condiciones no elegidas por ellos»). La falta de dialéctica les conduce a caer en un idealismo ingenuo, como en su día mantuvieron Isaiah Berlin y también Aron<sup>68</sup>; a confundir deseos con realidades. Viene al caso la crítica que Marx hizo a tal género de idealismo: «Imaginaba un tipo curioso que si los hombres se ahogaban en el agua era debido únicamente al hecho de que estaban poseídos por la *idea de la gravedad*, y que sólo era necesario sacarles de la cabeza esa manía para sustraerles del peligro de ahogarse»<sup>69</sup>. En nuestro caso sería cuestión de sacar de las cabezas la idea de que existen condiciones objetivas para que los hombres fuesen de hecho más libres. Cuando por el contrario, parece la primera condición de libertad el tener conciencia de sus limitaciones. El problema del determinismo no es un problema de la historia, sino de la conducta humana: «todas las acciones son tanto libres como determinadas», ha escrito Edward H. Carr<sup>70</sup>.

<sup>67</sup> La crítica al determinismo puede tener, y seguro que tiene, grandes dosis de contenido ideológico, por supuesto mucho más de contenido intelectual, pues es de difícil contraste con la realidad. Pero hay en ello también algo de «estrategia académica». En la medida que se quiere asentar una disciplina con un estatus definido en el concierto de los saberes, el primer paso a dar es el de proclamar su autonomía. Es difícil que una parcela de saber que se considera «reflejo» o simplemente condicionada por otra pueda reclamar la categoría de disciplina autónoma; éstas requieren objetos suficientemente independientes y a ser posible también métodos propios. En el curso de las recientes elaboraciones de los planes de estudio de nuestra Universidad hemos asistido a todo un despliegue retórico para tratar de demostrar que las *ideologías* no tiene nada que ver con las *ideas* con el fin de reclamar una disciplina propia en un área de conocimiento distinta.

<sup>68</sup> Ambos autores desde el idealismo establecen una relación directa entre libertad, pluralismo e indeterminación en la historia. BERLIN, Isaiah, «La inevitabilidad en la historia», en *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 198, pp.106 y ss.

<sup>69</sup> MARX, C., ENGELS, F., *La ideología alemana*, México, Ed. de Cultura Popular, 1977, p. 12.

<sup>70</sup> CARR, Edward, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 1983, p.127.

Es precisamente el rechazo de la concepción dialéctica de la historia el denominador común de los nuevos historiadores políticos y de los que se ha dado en llamar «tercera generación» de *Annales*, sean éstos estructuralistas «objetivistas» o idealistas «subjetivistas». Es por ahí por donde pasa la «divisoria epistemológica» con sus «supuestos subyacentes» que consideramos fundamental. Unos y otros se oponen a una manera de hacer historia que se piensa universal, dinámica y total y que hace del tiempo no sólo la instancia de intelegibilidad sino su objeto específico, porque también tiene como «problema» específico la explicación del proceso histórico y sus cambios. Un cambio que parece querer conjurarse negando su existencia, o reduciéndolo a lo accidental y, en cualquier caso, rechazándolo como objeto de estudio. Enfatizan, también lo que de plural y diverso hay en la historia y en la vida, que nadie niega, pero que es utilizado de forma beligerante para negar lo que de universal y unificador existe; a la vez que privilegian los fenómenos de conciencia, y de entre ellos los más inconscientes, con total marginación de los económicos. Si Rémond sospechaba las causas por las que había caído en olvido la historia política es posible aventurar las que han llevado a los nuevos historiadores a marginar lo económico. Es en este territorio de la historia en el que el cambio es más evidente, las «fuerzas impersonales» se presentan más tozudas y resistentes y la mundialización del mercado ha generado una interdependencia que ha hecho realidad la historia universal.

Pero el rechazo de la dialéctica y de lo que se ha llamado «concepción ilustrada de la historia» no es producto exclusivo de la «postmodernidad». Ya Ranke, utilizando ideas procedentes del romanticismo insistió en la «diversidad» y «singularidad» de cada pueblo y de cada etapa histórica para preservar a Prusia de las ideas y del modelo revolucionario francés; aunque, para no caer en el relativismo, las relacionase a cada una de ellas directamente con Dios. Desde supuestos más seculares y relativistas, otra línea de ataque, coincidiendo con el origen del irracionalismo moderno, se inicia con Schopenhauer, y pasando por Burkhardt, llega a Nietzsche. Una y otra se encontrarán en el historicismo tardío y vitalista de Dilthey y Meinecke que Raymond Aron hizo suyo en sus años universitarios en Alemania. Su «filosofía de la pluralidad irreductible» bebe de fuentes historicistas, del *historisme* en la acepción que Meinecke le da: «la historia es pluralidad y sucesión de épocas y de colectividades, todas singulares, cada una irremplazable»<sup>71</sup>. Esta fragmentación en singula-

<sup>71</sup> ARON, Raymond, *Dimensions de la conscience historique*, Paris, Plon, 1964, (2.ª ed.), p. 103.

ridades temporales y espaciales era más que una constatación empírica un *a priori* ideológico contra cualquier intento de pensar la unidad y continuidad de la historia. Desde la subjetividad y el vitalismo Aron negaba el carácter científico de la historia y se recreaba en su indeterminación. Paradójicamente la *nouvelle histoire*, que pretendió convertir la historia en ciencia, iba a conseguir, por otros derroteros, los mismos efectos. En cualquier caso, no es casual, el descubrimiento y reconocimiento tardío de la obra de Aron por parte de insignes *annalistas*<sup>72</sup>. Aunque la cuadratura del círculo parece haberla conseguido Rémond al pretender una historia científica e indeterminada a la vez.

La conversión de la historia en ciencia social se ha considerado, por lo menos por parte de la «tercera generación» la gran conquista de *Annales*: «Historia y ciencias sociales, historia ciencia social: estas palabras... definen desde sus orígenes el corazón del programa de *Annales*» ha escrito Jacques Revel<sup>73</sup>. Para Furet esta relación fue «lo menos incierto de su inventario metodológico»<sup>74</sup>. Y según Burguière «trasportar la historia con armas y bagajes al campo de las ciencias sociales» fue «la gran intuición» que salvó a la historia de «una visión evolucionista marcada por la idea de progreso» que no podía ya mantenerse en una Europa en declive<sup>75</sup>.

La conversión en ciencia social obligó a la historia a orientarse hacia el análisis de problemas y a dejar de preocuparse por los orígenes y el cambio. La historiografía vinculada a *Annales* «privilegió el estudio de sistemas de relación». La prueba es que los pocos que se aventuraron a estudiar cambios y transiciones (Lefévre, Vilar, Bois) tuvieron que acudir «chez Marx» según un Revel que ve en Bloch y Fébvre unos «funcionalistas *avant la lettre*». Con ello se liberó a la historia de lo que hasta entonces había sido su objeto específico: la dimensión temporal, que quedó reducida a «servir de cuadro en el que se estudian variaciones y recurrencias»<sup>76</sup>.

<sup>72</sup> El Instituto *Raymond Aron* ha sido creada por *l'Ecole d'Hautes Etudes* y desde 1984 François Furet es su director.

<sup>73</sup> REVEL, Jacques, «Histoire et sciences sociales: les paradigmes des *Annales*, *Annales ESC*, nov-dic, 1979, p. 1362.

<sup>74</sup> FURET, François, «En marge des *Annales*. Histoire et sciences sociales», *Le Débat*, n° 17, 1981, p.114

<sup>75</sup> BURGUIERE, André, «Histoire d'une histoire: «La naissance des *Annales*», *Annales ESC*, nov-dic, 1979. Se cita por la traducción castellana en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 12, 1980, p.35

<sup>76</sup> REVEL, Jacques, «Histoire et sciences sociales», *op.cit.*, p. 1371 y 1364.

La exigencia de especialización reclamadas por rigor científico llevó a la especialización y fragmentación del saber histórico y a renunciar a la idea de totalidad que, si para Revel, nunca fue precisada en *Annales* y sólo expresaba «el rechazo a la compartimentación de saberes» y «la convicción de que la integración en las ciencias sociales era necesaria», para Furet, «traduce simplemente la ambición de saber sobre un objeto o sobre un problema dado... una explicación más global»<sup>77</sup>.

Los supuestos de este tipo de historia no se ocultan: «si es verdad que ninguna metodología es inocente, la historia serial, al privilegiar el largo plazo y el equilibrio de un sistema, me parece que da una especie de primacía a la conservación: he ahí un buen correctivo a la historia-cambio»<sup>78</sup>. En otro momento insistirá Furet: «la historia de las inercias es una buena terapia contra una visión de la historicidad heredada de la filosofía de las Luces... en la que reconozco gustoso una vocación conservadora»<sup>79</sup>. Toda una «revolución en la conciencia histórica» como él mismo señaló. Roland Barthes vio en este cambio de la ciencia histórica en el que se hablaba de estructuras más que de cronología «una verdadera transformación ideológica»<sup>80</sup>.

Cambiaba también la función de la historia. Dejaba de ser la ciencia del cambio y se marcaba los objetivos de toda ciencia social: «proporcionar los medios para comprender mejor, y por lo tanto dominar mejor, los mecanismos de la realidad social»<sup>81</sup>. La historia-problema debía interrogar el pasado para dar respuesta a los problemas presentes, problemas de conservación, evidentemente.

La vocación conservadora que impulsó desde su origen el nacimiento de la ciencia social trató de frenar «la negatividad» de la filosofía crítica ilustrada con la «positividad» de lo realmente existente (Comte)<sup>82</sup>. No se trataba ya de transformar nada sino de lograr la estabilidad y buen funcionamiento del sistema. En los años 1930 las ciencias sociales pretendieron hacer suyos los métodos de las ciencias empíricas para cum-

<sup>77</sup> *Ibid.* p. 1373 y FURET, François, «En marge del *Annales*», *op. cit.* p. 114.

<sup>78</sup> FURET, François, «Lo cuantitativo en la historia», *op. cit.* p. 59

<sup>79</sup> FURET, François, *L'historien entre l'ethnologue et le futurologue*, Colloque international de Venise, Mouton, 1971, cit. por DOSSE, François, *Histoire du structuralisme*, 2 T. Paris, La Découverte, 1992, II, p. 291.

<sup>80</sup> BARTHES, Roland, «Le discours de l'histoire», en *Informations sur les sciences sociales*, VI, 4, pp. 65-75. Cit. por LE GOFF, Jacques, *Histoire et mémoire*, Paris, Gallimard, 1988, pp. 206-207.

<sup>81</sup> REVEL, Jacques, «Histoire et sciences sociales», *op. cit.*, p. 1372.

<sup>82</sup> GOULDNER, Alvin, *La crisis de la sociología occidental*, *op. cit.* p. 111.

plir una función práctica de «ingeniería social»: el mejor conocimiento de las conductas colectivas y de las fórmulas para su control. Se las llamó «ciencias de la conducta» (*behavioral sciences*). El conductismo, el funcionalismo y la teoría de sistemas sirvieron sucesivamente como teorías orientativas. En este sentido conviene recordar que la financiación generosa por parte de la Fundación Rockefeller, que hizo posible la *VI Section de l'Ecole pratique des hautes études en sciences sociales*, plataforma de *Annales*, se explica por el interés del magnate americano en promocionar las ciencias sociales, para que un mejor conocimiento de los problemas del mundo actual, permitiera «mejorar el control social en interés de todos»<sup>83</sup>. Mientras en Francia, la historia, considerada ciencia social, a cambio de resultados «medibles» (prácticos), contó con generosos presupuestos del CNRS, en Estados Unidos, donde la historia fue alejada del las «*behavioral sciences*» recibía escasa ayuda económica, a cambio, según Iggers, de una mayor independencia en la elección de temas y métodos.<sup>84</sup>

No quiere esto decir que el único medio de que la historia recupere su especificidad, sea el de alejarse de las ciencias sociales. Guy Bois considera tan insensato renunciar a sus aportaciones como acogerlas ciegamente; aunque advierta del peligro de que en el empeño la historia pierda su especificidad de ser la única ciencia global y dinámica.<sup>85</sup>

En otro sentido, y saliendo al paso de movimientos pendulares, en los que se prima una faceta de la realidad a expensas de otra, también conviene recordar las palabras que hace años desde una concepción dialéctica de la historia y de la realidad escribió el profesor Pierre Vilar: «Azar contra necesidad, libertad contra determinación, individuo contra masas, espiritual contra económico, el historiador pasa hoy su tiempo no oponiendo esos términos, sino manejando sus combinaciones»<sup>86</sup>. Quizás era más una *desiderata* que una realidad.

Hoy, sin recurrir a la dialéctica, ni mucho menos al marxismo, desde el sentido común, Lawrence Stone alertaba hace unos meses de los peligros que acechan a la historia. El profesor de la Universidad de Princeton fijaba una doble tarea para los historiadores de la próxima déca-

<sup>83</sup> MAZON, Brigitte, *Aux origines de l'Ecole des hautes études en sciences sociales, Le rôle du mécénat américain (1920-1960)*, Paris, Editions du Cerf, 1988.

<sup>84</sup> IGGERS, Gerge G., *New Directions in European Historiography*, Conneticut, Wesleyan University Press, 1988 (2.<sup>a</sup> ed.), p. 74

<sup>85</sup> BOIS, Guy, «Marxisme et histoire nouvelle», en *La Nouvelle Histoire, op. cit.*, pp. 375-393.

<sup>86</sup> VILAR, Pierre, *Une histoire en construction*, Paris, Galimard/Seuil, 1982, p. 383. Se trata del artículo que en su día escribió en *Annales ESC*, 1, 1973, «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser».



da: «proporcionar una explicación más convincente del cambio en el transcurso del tiempo» y « vincular la historia económica y social con la historia de la cultura popular y de la cultura elitista y el análisis de estructuras profundas con los avatares de la política»<sup>87</sup>. Una historia total y dinámica, en suma.

Otro profesor americano, Robert Darnton, en una reciente visita a España, a la vez que lamentaba «iniciativas tan declaradamente antimarxistas como las del Centro Raymond Aron, que han intentado demostrar que el discurso político determina los acontecimientos» concluía que «tal vez seamos los infantiles norteamericanos quienes tengamos que preservar algo de la historiografía marxista»<sup>88</sup>. Ya se sabe, la salvación siempre viene del Imperio.

---

<sup>87</sup> STONE, Lawrence, «Una doble función. Las tareas en las que se deben empeñar los historiadores en el futuro», *El País*, 29.7.1993.

<sup>88</sup> *El País*, 9.7.1993.